

*Vértigo liberal. Sociedad, economía y literatura
en la Bolivia de entreguerras (1880-1930)*
Machicado, Cristina; Soruco, Ximena y Soto, Kurmi
(Coord.)
Instituto de Investigaciones Literarias /
Carrera de Literatura, UMSA, 2019

María Ximena Postigo
Saint Mary's College of Maryland, EE.UU.

El conjunto de artículos que ponen en marcha la propuesta de *Vértigo liberal* permite al lector entrar en esa suerte de comunidad imaginada a cuya construcción, con todas sus contradicciones y complejidades, contribuyeron los diferentes actores de la época, desde los protagonistas de la guerra Federal y del levantamiento indígena más señalado en la historia republicana de Bolivia hasta las élites política, económica e intelectual. El llamado al que responden las coordinadoras de este ambicioso proyecto es el de permitírnos mirar la era liberal desde las diferentes esferas que componen, en su conjunto, “un mismo horizonte de época” (p. 9). En su introducción, señalan: “Con frecuencia, la lectura de la época se realizó desde las convicciones profundas del nacionalismo o del antinacionalismo; empero, las instituciones e indagaciones en curso nos conducen a la necesidad de ver la era liberal con otros ojos” (ídem). En efecto, estos otros ojos buscan adentrar al lector en el vértigo liberal derivado de un contexto que, a la vez que se proyectaba en la modernización económica y política, y por tanto en la estabilidad del orden político, “no estuvo extinto de conflicto y violencia” (p. 10).

Este proyecto se desarrolla a lo largo de catorce artículos que las coordinadoras ordenan en tres secciones: sociedad, economía y literatura e intelectuales. Dicha separación no interviene, sin embargo, en la comprensión de cómo, por ejemplo, la economía organizaba la sociedad o de cómo la producción literaria e intelectual se relacionaba con la actividad política que perfilaba tanto a la sociedad como a la economía. La relevancia de esta corre-

lación, que se produce ineludiblemente a medida que leemos el libro, estriba en que cumple a cabalidad con el propósito del proyecto: abrir ampliamente el estudio del horizonte de época que describe la era liberal en Bolivia. La experiencia de lectura del volumen completo es, por ello, fascinante. A medida que pasamos de un artículo a otro, nos movemos de los levantamientos de federalistas en Cochabamba a los encuentros culturales en la ciudad de La Paz, a sus veladas literarias y espacios de entretenimiento, a su producción musical y sus bibliotecas. De aquí se nos transporta lejos, a la aventura de una economía que se gestaba, por ejemplo, en las minas de la cordillera Quimsa Cruz o en las áreas remotas del noroeste del país, donde se ponía en marcha la economía de exportación de la goma. En este contexto, no falta el paso por la investigación científica y geológica que marcaría los primeros avances en la exploración de la minería fósil; tampoco, por supuesto, la revisión de las relaciones bilaterales con Estados Unidos. Regresamos, entonces, al departamento de La Paz, esta vez a la Sociedad Geográfica que, impulsada por la masacre de Mohoza, debatía el pasado glorioso del aymara en contraposición a su presente. Asistimos también a debates –como el que acaece entre Franz Tamayo y Felipe Segundo Guzmán en torno a la educación– y advertimos imaginarios que dan cuenta de las falencias del proyecto liberal. Es el caso tanto de *La Chaskañawi* de Carlos Medinacelli y de *El Honorable Poroto* de Augusto Guzmán como de la frágil figura del “cuerpo señorial” que el autor del último artículo del libro encuentra en las memorias escritas de cierta élite intelectual. De esta manera, *Vértigo liberal* nos acerca a personajes, lugares, relaciones, contiendas, hechos, ideas y problemáticas que constituyen las imágenes de un periodo de entreguerras, la guerra Federal y la guerra del Chaco, en un ámbito marcado a su vez por la derrota del país en la guerra del Pacífico.

Los personajes históricos que el libro rememora, que son muchos, nos ubican en el centro de una variedad de contextos, todos ellos conformándose bajo el común denominador de modernidad, civilización y progreso. Para mencionar algunos de la primera parte, cabe recordar a Martín Lanza, Gerardo Argote y Julio Lucas Jaimes. El artículo “Diferentes, pero unidos y en pie de guerra. Los sentidos del liberalismo en Cochabamba a fines del siglo XX”, de Huáscar Gonzales, encuentra en Lanza el héroe popular en que se manifiesta el protagonismo de Cochabamba durante la guerra civil que derivaría en la victoria liberal. No casualmente la memoria popular lo rescata en su música, como observa Fernando Hurtado en su trabajo sobre Argote, “Las primeras grabaciones de música boliviana: Gerardo Argote y el himno nacional de 1910”. Por su parte, Argote, a quien se describe en el artículo como “uno de los empresarios bolivianos más prósperos” (p. 138), importa a Bolivia el primer fonógrafo, que reuniría a la sociedad en torno al registro

musical tanto de la música popular como del himno nacional, manifestando así una identidad que se iba modelando dentro de un “incipiente nacionalismo” (p. 133). A Julio Lucas Jaimes lo vemos aparecer en el trabajo de Kurmi Soto, “*Las Verdades* (1882-1884) de Julio Lucas Jaimes: Literatura y política en la guerra del pacífico”. La autora, concentrada en la labor periodística de este personaje, lo presenta como “regulador del discurso, justamente en una época en la que el discurso devino ‘fuerza política’” (p. 71). El periódico *Las Verdades*, que Jaimes funda, resulta de y fortalece aquello que Soto entiende como “conjunción entre literatura, política y sociabilidad” (p. 76); es decir, una forma de sociabilidad en que la tertulia literaria va dando forma a los espacios políticos de poder.

La entrada que nos proporciona el libro, desde estos primeros textos, a la esfera política que parecía contener todos los otros ámbitos, da luz a las distintas formas que toma el discurso liberal. Así, es también en espacios de poder donde encontramos, por ejemplo, los debates de la Sociedad Geográfica de La Paz, que ocupan a Pilar Mendieta en “Rescatando el pasado aymara: Los estudios de la Sociedad Geográfica de La Paz a principios del siglo XX”; y así también, la confrontación entre Tamayo y Segundo Guzmán que tiene lugar en el artículo de Fernanda Lola Carrasco, “Educación, indígenas y nación a través de las discusiones pedagógicas entre Franz Tamayo y Felipe Segundo Guzmán”. Ambos artículos muestran la intervención, en las contiendas discursivas, del pensamiento positivista y el social darwinismo que imprimieron la época. En ambos, por tanto, advertimos insistencia en la civilización del indio, proposición a la que Tamayo, para quien el indio era la energía vital de la nación –recuerda Carrasco–, se opondría tenazmente. Mendieta, por ejemplo, apunta que, a consecuencia de la masacre de Mohoza y la rebelión liderada por Pablo Zárate Wilka, el aymara sale del imaginario de indio desvalido para ocupar el de “una raza degradada destinada a su desaparición” (p. 296). Con el objeto de rescatar al aymara de esta imagen, continúa la autora, intelectuales como Rigoberto Paredes los remontan a un pasado magnificante, lo cual motiva la idea, entre otros miembros de la Sociedad Geográfica, de conseguir “su regeneración a través de la educación” (p. 306). La conversación que se desata a partir de estas ideas lleva a Mendieta a señalar “que estamos ante uno de los momentos más ricos en el aporte científico sobre [la cultura aymara] y su historia bajo la rigurosidad del positivismo y el paraguas ideológico del darwinismo social” (p. 298). Este es, precisamente, el aporte que vemos develarse ampliamente en su artículo.

Si bien vemos en todos los artículos de qué modo el afán civilizatorio y modernizador alimenta el mecanismo del proyecto liberal, esto es especialmente evidente en la segunda parte de libro, donde comprendemos que la continuidad del liberalismo requería tanto de la relación bilateral con Es-

tados Unidos como del engranaje, en el ámbito nacional, de los intereses económicos y la ideología política. Esta segunda parte titula “Economía” a secas; nos transporta, sin embargo, a un contexto en que la actividad económica sucede dentro de la esfera política. El artículo de Daniel H. Luján, “Los Estados Unidos y el liberalismo boliviano. Un acercamiento al proceso de afianzamiento de las relaciones bilaterales (1899-1920)”, documenta extensamente los variados esfuerzos de la Bolivia liberal por acercarse a Estados Unidos, tanto con el objeto de atraer la inversión de capitales extranjeros (p. 271) como de modernizar el Estado boliviano (p. 274). Asimismo, en el ámbito nacional, esta sección esclarece hasta qué punto el progreso económico estaba sujeto a la conveniencia con la política liberal. No casualmente Cristina Machicado, en “Travesía minera e ingreso de capitales en el despegue del estaño. El caso de la empresa minera Monte Blanco, 1904-1914”, cumple con el objetivo, entre otros, de “reflexionar sobre las redes económicas y políticas que poco a poco se fueron construyendo en el marco del despegue del estaño (1890-1914) y la política liberal” (p. 175). Del mismo modo, Juan José Anaya concluye su estudio sobre la evolución de la investigación científica para la exploración de la minería fósil en el país (“Ciencia y desarrollo industrial en los orígenes de la minería fósil boliviana”) señalando que la coyuntura política era tan decisiva como las condiciones geográficas y ambientales a la hora de definir la accesibilidad a los recursos fósiles. Es, sin embargo, en el artículo de José Octavio Orsag, “Civilización y liberalismo. La élite gomera durante el auge de la goma”, donde se establece con mayor evidencia el vínculo entre los intereses económicos y políticos en el periodo estudiado. Orsag nos introduce a lo que él llama la “metaestrategia política de la élite gomera” con el objeto de esclarecer la adopción del liberalismo como ideología política por parte de dicha élite. Son los ideales liberales, concluye el autor, los que, a través de la civilización de los pueblos indígenas del noreste del país y la modernización traducida en apertura de vías de comunicación, impulsarían la economía de exportación basada en recursos naturales.

Al mismo tiempo que el pensamiento civilizatorio y modernizador de la época –dentro del cual el indio era, en definitiva, un problema– fundamentaba el liberalismo en todos los ámbitos nacionales, también daba cuenta de las profundas contradicciones y falencias que el proyecto liberal no consigue resolver, lo cual, como bien señala Pedro Brusiloff al referirse a las apariencias que la élite liberal se obstinaba en guardar, terminaría por precipitar “el desastre del Chaco” (p. 379). La mirada al declive del proyecto liberal se desarrolla vastamente en la última parte del volumen. Desde la literatura, el humor y las memorias que registran la pose del intelectual liberal, se nos invita a reflexionar sobre las profundas faltas del liberalismo, que se nos van revelando desde los primeros artículos del libro.

En efecto, los trabajos de Santusa Marca (“Entre lo permitido y lo prohibido: Espectáculos y diversiones públicas en la ciudad de La Paz, 1880-1920”) e Ivana Gabriela Molina (“Libros y bibliotecas en La Paz entre 1920 y 1945”) apuntan, ya en la primera parte de *Vértigo liberal*, muchas de esas apariencias y contradicciones que anidaban en el proyecto liberal. En su estudio sobre los diferentes tipos de entretenimiento a los que asistía la sociedad paceña, Marca observa, por ejemplo, una élite que a la vez que definía ciertas actividades de entretenimiento como “bárbaras”, contrarias por ello al proyecto modernizador, no dejaba de participar en ellas. En sus palabras: “se desnudaba entonces la moral de una élite paceña que, por un lado, se jactaba de propiciar la modernidad en la ciudad de La Paz (...) y, por otro, la echaba por tierra” (p. 110). Molina, por su parte, subraya esta misma moral de impostura al referirse en su trabajo a una proliferación de librerías y bibliotecas, símbolo de civilización y cultura, que no se traducían necesariamente en el aumento de la lectura o la democratización de la educación. Con esto, la autora concluye que, si bien existía un “afán sacralizador de coleccionar libros, vinculado al reconocimiento intelectual y, por ello, sinónimo de progreso”, este estaba “cargado de impostura” (p. 167).

De esta impostura parece derivar el cuestionamiento que pone al proyecto liberal en crisis. Los tres últimos artículos del volumen dan clara cuenta de esta mirada crítica a la sociedad liberal. Estos son “Autoparodia de la voz narrativa en la ficción política de la era liberal: La novela *El Honorable Poroto*”, de Ximena Soruco; “La crisis del *ethos* liberal vista desde *La Chaskañawi* de Carlos Medinaceli”, de Freddy R. Vargas, y “La configuración del cuerpo señorial en las memorias escritas por algunos intelectuales de principios del siglo XX en Bolivia”, de Pedro Brusiloff. Con su indagación en “la primera novela política de [este] periodo”, *El Honorable Poroto*, Soruco observa que el típico político boliviano de la época es llevado a “la forma de la novela política [en tanto] parodia a los vicios del sistema político liberal que, en la práctica, había entrado en decadencia, pero también, sobre todo, a la sociedad que había conformado esta estructura, primero para socavarla y, después, para vaciarla de sentido” (p. 336). Los vicios a los que se refiere la autora son, entre otros, la falsedad del sistema electoral que, en realidad, se definía por la compra y venta de votos; el ingreso en la política como una “vía óptima de ascenso social”, y el ascenso social por medio de “la adquisición de capital cultural letrado” (p. 346). En otras palabras, el Honorable Poroto es la imagen, otra vez, de una impostura con apariencia de político.

Por su parte, Vargas contextualiza *La Chaskañawi* en el marco del “agotamiento del proyecto liberal”, evidente en el declive que comenzaba a manifestar “el mundo señorial” (p. 349). De la caída del proyecto liberal señorial, advierte el autor, emergen dinámicas más bien cholas que, a través de

la participación política o la acumulación de capital, van apropiándose de los espacios que hasta entonces se ajustaban al mundo señorial. Para Vargas, Claudina, en *La Chaskañawi*, es la chola que construye, por medio de la acumulación de capital, la autonomía que la política no provee. Se libera, de esta manera, de su condición subalterna a la vez que desarticula la apariencia de la élite liberal. Esta última es, precisamente, la que ocupa a Brusiloff, la del cuerpo señorial que abarca desde un modo de vestir hasta “un conjunto de gestos, de hábitos y de actitudes” (p. 370), apariencia por la que dicho cuerpo siente pertenecer tanto a la élite local como a la aristocracia extranjera. Su declive no podrá más que develar su inexistencia, “la sombra”, en palabras del autor, “que desfilará, trágica y cómicamente, en la luminiscencia tenue de la fantasía melancólica”, en los discursos vacíos, diría quizás Soruco, del Honorable Poroto. Dicho cuerpo señorial, parecen decirnos estos autores, es la imagen del fracaso del proyecto liberal.

El recorrido que hacemos aquí, a través de todos los artículos de *Vértigo liberal*, muestra una entre muchas otras conexiones que existen entre ellos. Y es que el entramado que articulan proporciona una vasta imagen del horizonte de época en que se despliegan las cuatro décadas (1880-1920) de la era liberal en Bolivia. Además de comprender extensamente los múltiples contextos de la Bolivia liberal, los autores comparten con el lector una diversidad de significativas fotografías y publicaciones de la época, que contribuyen a habitarla en sus imágenes. De esta manera, con exitosa ambición, este libro consigue lo que se propone: dar cuenta de los diversos ámbitos y facetas de un proyecto sostenido por el deseo vehemente de modernización, progreso y civilización en la Bolivia de entonces y mostrar, a la vez, las falencias, las contradicciones y la impostura que, poniéndolo en crisis, precipitaron su ocaso.